

COMO LE DECÍA, MI PADRE ERA VETERINARIO

—Como le decía, mi padre era veterinario y me llevaba con él a visitar las vacas enfermas en su vieja furgoneta llena de remedios, instrumentos quirúrgicos y jeringas enormes para la cura de caballos, vacas y gallinas... Todo aquello hacía *clin clin* al pasar el coche por los senderos de guijarros puntiagudos, entre matas espinosas y ortigas picantes. *Clin clin, clin clin.*

Un día podíamos visitar un enorme toro, padre de todas las vacas del valle, y otro día una tierna novilla, de ojos melancólicos, que tosía como una muchacha acatarrada, y que mi padre ordenaba sacrificar porque no tenía cura. En esa ocasión comprendí que nuestra vida y nuestra muerte las administra Dios como si fuéramos ganado. Porque yo entonces era un niño creyente y decía al despedirme de Genia por la noche, temerosa y pálida —me refiero a la noche, no a Genia, la criada—: «Hasta mañana, si Dios quiere.» Y esa noche, después de que mi padre condenara a muerte a la novilla de ojos pacíficos, me levanté de la cama y fui hasta el cuarto de Genia, que se estaba desvistiendo, y le pregunté: «¿Y si Dios no quiere?» Y ella contestó: «¿Y si te pego una hostia por entrar sin llamar?»

Yo creí que iba a soñar con la muerte de aquella novilla, que sería acuchillada en el matadero municipal por Servando, el puntillero, y no quería dormirme. Pero uno no suele soñar con las cosas en las que se piensa antes de dormir. Así que dormí en negro, sin sueños. O por lo menos eso creo.

Amaneció Asturias y, en esa mañana llena de sol y de vida, mi padre me ofreció acompañarle a ver otra vaca enferma.

—Es en Véspero, cerca de las cuevas del queso. Hale, date prisa, chavalín, o te quedas.

Mi madre aún no se había levantado y me acerqué al dormitorio para darle los buenos días.

La almohada olía a madera joven cuando se la ahuequé para que estuviera más cómoda. Reposó su cabeza en el cabecero como en un trono, y su pelo largo se derramó por toda la almohada: el manto de una reina.

—Descorre la cortina..., no, no tanto.

No le gustaba que la vieran sin arreglar, ni siquiera yo, que era su más rendido admirador. Estaba enojada, como todas las reinas al despertarse.

—¿Acompañas a tu padre? No sé qué interés tiene tu padre ahora con tanto afán en que le acompañes. Hala, ve, ve con tu padre...

Y se quedó en la cama, porque le dolía la cabeza.

La vaca era de piel blanca, con grandes manchas rojizas y rubias, y estaba hinchada como un globo terráqueo; la panza agigantada, a punto de estallar. El animal tenía estertores y ojos de pánico. Mi padre requirió mi colaboración y el dueño de la vaca dijo:

—Vaya, se ha traído ayudante.

—Sí, un ayudante que ayuda muy poco..., ¡sujeta bien el rabo, recristo!

—¿Vas a ser también veterinario? ¿Qué vas a ser de mayor, eh?

Yo sujetaba el rabo de la vaca para que sus rabazos no molestaran a mi padre, que sacaba del botiquín una cánula de metal brillante y un punzón enorme. Sin más ni más, punzó a la vaca en la barriga, y a continuación aplicó la cánula en el agujero recién abierto. Del vientre empezó a salir un gas silbante, y, para maravilla de todos, la vaca empezó a desinflarse a ojos vistas. Más aliviada que dolorida, la vaca miraba con sus ojos enormes. Quizá agradecida, quizá sólo asustada. El vaquero sujetaba su cabeza descornada y yo el rabo. Tardó en vaciarse su buena media hora, o más.

—Es una novilla fuerte. Vivirá —sentenció mi padre, y se distanció del grupo que sujetaba al animal.

Mientras se vaciaba, llegaron familiares y vecinos a hacer tertulia en torno al bufido mirífico que salía de la barriga. Algunos aplicaban la oreja, otros acercaban una mano para sentir el sople del gas.

Mi padre se lavó los brazos hasta el codo en una palangana, frotándose con jabón y estropajo.

—Comió en algún campo de lúpulo... Rumió luego el pienso de cebada y... —Tomó la toalla limpia y fragante que le ofrecía una de las jóvenes que habían acudido al establo—. Gracias, mujer. ¿Eres tú quien cuida las vacas?

Mi padre acompañó la pregunta con una mirada penetrante a la moza, quien no contestó ni que sí ni que no, con lo que quedó establecido que sí, las cuidaba ella.

—... y después bebió en el abrevadero, ¿no es así, rubia?

Ella asintió asombrada de la deducción detectivesca de mi padre.

—Se le fabricó cerveza en la barriga. Por eso está hinchada, como un barril de Mahou.

Le devolvió la toalla a la muchacha, a la vez que le soplabla el flequillo rubio de la frente, y se fijó en mí.

—¡Pero cómo! ¿Qué haces todavía ahí con el rabo?

La vaca rubia y la chica rubia me miraron a la vez. Yo aún sujetaba el rabo de la vaca porque nadie me había dicho que lo soltara. Al parecer, ya era inútil. Mi padre me mortificó.

—¿Qué va a ser de mayor? Pues ya está claro. Ya se ve a qué cosa se va a dedicar, ¡a sostener rabos de vaca!

Pero como nadie me decía que lo soltara, yo seguía con el rabo fuertemente asido.

—¡Suéltalo, recristo!

Lo solté y, ante la mirada de la vaca rubia y de la chica rubia, el animal me asestó un golpe no muy fuerte con la borla del rabo, como si espantara las moscas.

Así paga una rubia ingrata las atenciones de un su servidor.

Mi padre me consoló de las risas de las muchachas presentes con un elogio de mis buenas notas ese año, y la convicción de que seguiría sus pasos en el mundo de la veterinaria.

Sacaron una botella de vino de barrica y unos vasos.

Usted, Ángel, que es de por allí, conocerá esos blancos de solera, sutiles como el aire y potentes como la coza de una mula.

—Si llegas a ser tan buen veterinario como tu padre, también serás tan buen semental como él —dijo el ganadero, brindando por mi futuro.

La vaca se desinfló del todo y quedó rubia y delgada para disfrute de su amo. Mi padre pasó revista a todo el establo.

Las vacas eran buenas y paridoras, las novillas prometían salir a sus madres y los jatos embestían ya como su

padre, el gran sultán de la aldea. Sacaron quesos y cocadas para emparar el vino blanco. Me ofrecieron otro vaso y yo lo bebí de un trago.

–Despacio, despacio, hijo –me aconsejó mi padre–. Y come un poco de queso. Es muy bueno, por cierto.

–Viene de allá arriba, ya sabe, del monte Véspero –dijo el amo de las vacas como si nombrara un santuario–. De las mejores manos.

Con igual devoción, mi padre se quedó mirando el queso y lo repartió conmigo como quien ejecuta una ceremonia. Todo el mundo estaba callado y sólo se oía el mugir de las vacas que llamaban a sus crías, y de las crías respondiendo a su llamada.

La frase «monte Véspero» había creado una cierta expectación, y en cualquier caso un largo silencio.

Se oyó una tos seca y una voz cascada al fondo:

–Queso todos los días y un queso al año –sentenció el más viejo de la reunión, avanzando con el plato.

Nadie mencionó de nuevo el monte Véspero. Pero yo, con mis finas antenas de niño sensible, capté la información de que algo había en el monte aquel.

Mi padre habló mirando al techo, con cierto tono ceremonioso:

–Creo que voy a ir allá arriba a comprar un poco de este queso. Y tú me esperas aquí con estos amigos tan buenos.

–¿Tardarás mucho?

–¿En comprar un queso? ¿Cómo voy a tardar mucho?

Tres horas más tarde mi padre no había bajado aún con el queso y los habitantes de la casa ganadera hacían sus labores sin preocuparse de mí. Unos echaban de comer a las gallinas, otros venteaban el heno del pajar, otros arreglaban las piezas mecánicas de un tractor. Todos se afanaban en

torno al tractor y discutían. Hacían grandes pausas, iban y venían como si la labor principal, que parecía era el arreglo del tractor, les importara menos que el resto de los quehaceres secundarios. El tiempo se ordena mucho en el campo, paisano, pero a veces se desmiga como un pan.

Las mujeres atendían la cocina y a los niños, echándome una mirada de vez en cuando. Yo hacía como que me entretenía deshojando mazorcas de maíz, pero en realidad miraba hacia la montaña de Véspero, un cono verde con una cima de granito, clara y airosa. En torno a ese monte aislado estaba la cadena montañosa que cruzaba la zona, con las bocas de las minas bostezando hacia el valle. Minas cerradas a la explotación, menos una o dos de las que se sacaba caolín. No proporcionaban mucho trabajo a nadie, pero, con algunas subvenciones, se prolongaba su agonía.

Cuatro horas o más tardó aquel hombre, o sea mi padre, en bajar.

Pasó por mi lado sin reconocermé, iba sumido en sus propios pensamientos, dando pasos largos con sus enormes botas bien engrasadas, las manos en los bolsillos de la gabardina larga hasta los pies. No llevaba el pequeño maletín de instrumentos y medicinas con el que había subido a Véspero. Y hablaba entre dientes para sí mismo. Le seguí unos pasos y, como continuaba sin darse cuenta de mi presencia, le tiré de los bajos de la gabardina.

—¡Qué demonios...! —se volvió airado.

Y al ver que era yo, su hijo único, se dulcificó y me cogió por el hombro y nos fuimos, apretados, a la furgo.

—Toma, llévale este queso a tu madre..., le gusta mucho el queso reciente. Como siempre está mal de la tripa...

Puso en marcha el vehículo y fuimos dando tumbos montaña abajo.

—... el queso fresco está lleno de excelentes propieda-

des: repuebla la fauna intestinal... porque, con todos los laxantes que toma tu madre, tiene una flora intestinal muy pobre, muy pobre.

Esa noche Genia, la criada, me preguntó sin rodeos por el motivo de la tardanza, con los brazos en jarras, y levantando la voz. A Genia, que era buena, se le juntó su hermana, que no era criada ni buena, pero venía a hacerle compañía algunas noches en las que mis padres salían. Su nombre lo recuerdo muy bien, pero prefiero no pronunciarlo, paisano, se queda fuera del relato, por mala.

—La vaca estaba muy enferma y fue una operación muy difícil. Yo ayudé a operar a papá.

—Tu padre opera mucho por esa zona. Y ¿siempre estuviste con él? ¿Todo el tiempo?

Ésa era Genia. La hermana callaba, pero era la que la instaba a preguntar.

Yo contesté y me puse colorado, fíjese qué tontería, por la pregunta de una criada...

—Sí, todo el tiempo.

La hermana de Genia se sintió defraudada con la respuesta. Y me amonestó:

—Sinvergüenza el padre, sinvergüenza el hijo.

Me sirvieron la cena en la cocina, que a mí siempre es donde más me ha gustado estar. Perdona, he derramado el vino, qué torpe... No, no llame a la camarera, ya lo recojo yo... No sé lo que me dieron aquella noche, seguramente jamón de York y pasta de colores, porque era lo que me solía preparar Genia. Esa noche cenaron juntas las dos hermanas y se reían, aunque normalmente se llevaban mal; pero cuando hablaban de mi padre no se podían aguantar, reventaban de risa y se corrían la gran juerga.

Y la hermana decía ¡cojona!, ¡cojona!, que es exclamación a medias entre mujer y pájaro, y Genia exclamaba ¡recristo, recristo!, igual que mi padre, y Genia ponía la voz campanuda para imitarle mejor.

Mire usted, mi madre y mi padre salían todas las noches y cenaban fuera, o por lo menos mi recuerdo es ése; mi madre se arreglaba por la tarde, iba a la pelu y luego se pintaba, estaba en el baño mucho tiempo, y entonces llegaba mi padre, y tan ricamente me dejaban solo con las criadas. ¿Usted también pasó su niñez entre criadas? Teníamos a Genia y, además, a una ecuatoriana para la plancha y a una asistenta. No, nosotros no éramos ricos, simplemente mi padre decía que quería tener a mi madre como una reina y que no tuviera ni que recoger un alfiler del suelo. Papá era así. Y ese día en el que estuvimos operando la vaca rubia, sucedió que a la vuelta mi madre estaba llorando, preocupada por la tardanza, y mi padre me envió por delante, de embajador, para que le explicara por qué habíamos tardado tanto... y luego llegó él mismo, simpático, dicharachero, ya duchado y talcado para quitarse el olor a establo... y le ofreció a mi madre aquel queso de Véspero como si fuera un diamante en bruto.

Martín se detiene casi sin resuello y toma aire; bebe un trago de vino e intenta comprobar si su compañero de viaje sigue el vertiginoso relato, si le interesa lo que cuenta. Los ojos de Ángel cara de bronce están fijos en él.

Martín, el de la voz ronca, prosigue:

—Aquella noche, como todas las noches, mi madre reapareció resplandeciente y sin huellas de llanto en la cara. Pero con cierta altivez condescendiente.

«La reina ofendida», decía mi padre con buen humor.

Mi padre se mudaba y se arreglaba; pero no se podía

librar del olor a sangre y boñiga que reaparecía al poco de ducharse, y que le volvía una y otra vez al pelo y a la piel, por mucho que se hubiera enjabonado. Y mi madre solía arrugar la nariz si se le acercaba mucho.

Pero salir y divertirse sí que lo hacían juntos, y dormir sí que dormían en la misma cama. No, no siempre. A veces mi madre cerraba la puerta del dormitorio por dentro, y mi padre se quedaba fuera.

Ella, aunque nunca le hacía reproches –por lo menos delante de mí–, tomaba la actitud de no dirigirle la palabra durante una hora, dos horas o varios días, según el agravio hecho a Su Majestad.

Y aquella noche salieron como solían, ella como una reina y él con su olor a cuatrero.

Así que me fui al cuarto de Genia con un iPod lleno de canciones.

Genia y su hermana estaban juntas en la cama, gastándose bromas y cuchicheando. Me coloqué en medio de las dos, haciéndome sitio mientras ellas me daban patadas. Para ablandarlas, les puse música reguetón, una de las que más les gustaba. No, a mí no.

Pregunté:

–¿Por qué os interesa tanto saber a qué subimos a Véspero?

–¿Tú no sabes a qué va tu padre allí?

–¿A qué? –repregunté yo.

–Lo sabes muy bien.

–Va a comprar queso –afirmé yo, decidido.

La hermana de Genia se rió y me tiró del pelo. Yo seguía allí en la cama entre las dos.

–Pues eso, uvas con queso saben a beso.

La hermana saltó de la cama y yo me quedé allí con Genia.

La hermana se fue al baño, pero no al de servicio, sino al baño principal. Cogió una loción de mi madre y se la puso por la cara. Volvió con un olor a madera joven.

—Tu madre sabe de sobra que tu padre es un sinvergüenza...

Salí de la cama y la seguí. Era una intrusa en la casa, probó a abrir un cajón, tiró de otro.

Llegó al vestidor de mi madre y cogió un traje de fiesta. Se lo colocó por encima del camisón.

—... y está enterada de que tiene una querida allá arriba, pero no lo quiere reconocer, hace como si nada. Ella se cree una gran dama, y lo es, ¿eh?...

Hurgó entre los collares y broches. Siguió con los pendientes. Se puso unos antiguos, de colgante. Los hizo oscilar moviendo el cuello.

—... tu madre es una señora señora, no tanto como ella se cree, pero, como señora, lo es..., pero, hostias, además es una pobre mujer.

En ese momento nos llevamos un susto: el sombrero de mi padre asomaba por la puerta.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz profunda.

Nos quedamos quietos. Se oyeron las pisadas de las botas, y la voz resonó otra vez:

—Niño, deja de dar confianza a las criadas.

Lo que se asomó fue la cabeza de Genia, con el sombrero de mi padre. Qué susto.

Me volví a la cama. La hermana se recostó a mi lado.

—Tú también vas a ser un sinvergüenza. Como tu padre.

Genia se había puesto, además del sombrero, una bata de operar, y blandía unas tijeras.

De pronto hizo como que se enfadaba —quizá lo estaba de verdad— y le dijo a su hermana:

—A ver si le estropeas el traje a mi mujer, recristo. Quítatelo inmediatamente.

Y se quedó mirándonos a los dos, a su hermana y a mí tumbados en la cama.

—Te lo digo en serio, anda, quítate eso —dijo Genia con voz normal.

La otra se levantó y me dijo que la ayudara a librarse del traje y las joyas.

La seguí otra vez al vestidor y le solté el collar.

Rocé sin querer sus pechos, sólo cubiertos por el camisón.

—¿Por qué me tocas? Ves como vas a ser un sinvergüenza...

Mi padre recordó al día siguiente que debía volver en busca del maletín de las curas olvidado allá arriba. Terminó de desayunar y me preguntó si quería acompañarlo. No respondí enseguida. Miré a Genia, que recogía el desayuno, y a la muchacha ecuatoriana, Naira, que venía durante el día. Y, sin más, fui a dar los buenos días a mi madre, que estaba en la cama escuchando un casete de música.

—Queme voy a buscar el maletín con papá.

—¿Qué dices? —Y se quitó los auriculares para oírme mejor.

—Nada. Que quedé ayer con unos. Por ahí.

—Que lo pases bien. ¿Ha llegado el periódico? Tráemelo, *please*.

Le di *La Nueva España*, bien doblado. Mi madre lo dejó caer en la colcha, sin mayor interés, y se volvió a colocar los cascos. Del periódico consultaba más bien la cartelera de programas de televisión, pero lo guardaba para leerlo, si acaso, más adelante. Aunque no lo solía hacer, no.

Salí de la mano de mi padre. La ecuatoriana pasaba la aspiradora en la entrada.

—Oiga, Naira, creo que no volveremos a comer... No nos esperen. Dígaselo a la señora.

Fuimos en la furgoneta, un corto trecho por la autopista y luego por los caminos que van y vienen de los montes al vecino mar. Véspero era un monte solitario, separado de los demás montes, y también era una aldea con el mismo nombre.

—Te gusta venir con tu padre, ¿verdad?

Yo no dije nada.

—Mira..., mira el monte. Los romanos erigieron altares por ahí arriba. Véspero viene de Venus; *vesperum*, lo propio de Venus. ¿Y tú sabes de qué es diosa Venus?

No contesté. Él tampoco lo aclaró. Un altar erigido, un monte erecto, empinado.

Papá subió monte arriba en busca de su maletín. No me dijo nada, pero de pronto debió de acordarse de mí y se volvió. Me preguntó si quería acompañarle, aunque sólo iba a tardar unos minutos en bajar.

—Recoger el maletín y...

Me encogí de hombros.

Si mi padre tenía una querida allá arriba, en el monte, quizá yo la pudiera ver en algún momento. ¿Sería rubia como la vaca del día anterior? ¿Sería una diosa vespertina? ¿Una ninfa del estiércol? O ¿mitad vaca mitad mujer?

Papá tardaba. Caía la tarde y yo estaba sin comer. Me senté en una cerca y vi un árbol joven en lo alto de un prado, un abedul solo y joven. Me abracé a él. El abedul era

blanco y de corteza suave, con un tronco cimbreante si se lo empujaba. Yo lo acometí y el árbol se retiraba y volvía. Se meneaba. El oscilante arbolillo era fresco y resbaladizo por su cara norte, y liso y seco por su lado sur: una caricia seca y una caricia húmeda. Yo le sacudía al ritmo de un hip hop interno, hipado, pendulante y betulante. Una vaca frisona me miraba pasmada. Y aquello era una fuerza contra otra fuerza. Un abrazo de ímpetus y resistencias, aquel árbol que se curvaba y mecía mi espera, aquella rama que se inclinaba por encima de mi cabeza y que acariciaba mi codo, que cosquilleaba mi oreja. O que me golpeaba con furia si yo lo doblaba demasiado. ¡Qué lucha! ¡Qué árbol tan loco! Unas veces me azotaba y otras me mecía. Yo era el abedul y el abedul era yo: el árbol podía volver a casa por mí y convertirse en blanda cama para mi madre, o suave caricia para Genia. Y yo, árbol, podía quedarme en el prado mientras todas las novillas del mundo venían a lamer mi oscilante tronco. Las hojas se me agitaban con furia, y mis ramas más altas espantaban a los pájaros, a las muchachas del valle, y a las queridas del mundo. Sufrí un estremecimiento, casi un desmayo. Y oí el mugido de la vaca frisona, a la que contesté...: «Calla, calla, vaca, o se lo digo a mi padre, para que te mande al matadero.»

Me senté en la cerca de piedra, con los pies colgando hacia la parte del monte, de espaldas al abedul loco del prado. La espera continuaba, y yo me adormecía, inclinado hacia adelante y hacia un lado y otro, mientras el sol bajaba. Cuando el sol se metió tras el monte Véspero, una brisa proveniente del bosque me sopló en la cara. Abrí los ojos y vi una figura, entre los troncos, que canturreaba. No, no cantaba sino que rezaba. El personaje estaba arrodillado sobre una estera y se inclinaba rítmicamente de es-

paldas al sol poniente. *Alah, alah akbar. Alah, alah...* Y se llevaba la mano a la frente, a la boca y al corazón. Ya sabe...

—Sí, ya sé... «No hay más Dios que Dios. Alabamos al Señor de todos los mundos, el misericordioso, el compasivo...» y luego continúa: «el que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos», en traducción aproximada —dijo Ángel.

Martín asiente:

—Era un mahometano por la plegaria, pero vestido con un pantalón vaquero y una camiseta del Real Madrid en la que se podía ver el número 7 y el nombre de Raúl en grandes caracteres. En plena salmodia vi también a una adolescente que bajaba cimbreado la cintura, dando dos pasos y luego saltando con un pie, como cuando las niñas juegan a la rayuela. Pero allí el equilibrio era difícil porque el terreno estaba inclinado y resbaladizo. Llevaba en la mano una bandeja con una tetera de metal y dos vasos, así como platicos de avellanas, tan abundantes en el lugar, y dátiles. Con agilidad y gracia sirvió al musulmán rezador, después de que recogiera la alfombrilla en la que había estado arrodillado, y entonces él debió de preguntarle, en su idioma, que para quién era el otro vaso. La chica me señaló a mí, como si hiciera ya tiempo que me hubiera visto, y dijo en un castellano rumoroso como las ramas del bosque: «Es para nuestro visitante, padre.»

El padre volvió la cabeza hacia mí, sorprendido de no haberme visto él mismo, me hizo señas para que me acercara. Así lo hice.

—Vaya, vaya, gusto tenerte aquí... Porque tú estás *fillu* de nuestro veterinario, ¿no es *asina*? Nosotros tenemos corderos, y tu padre nos los cura. Nosotros buenos corderos. Tu padre *je* un buen paisano. Estar amigo.

A mí me extrañaba que nunca hubiera sabido del tal amigo moro, que hablaba en bable, berebere o *dariya*,

pero, bueno, al fin y al cabo mi padre conocía a mucha gente. Y cobraba poco, o no acababa de pasar factura a quien tenía poco dinero. Así que el piadoso rezador nos habría visto en la furgo, subiendo o bajando de los caseríos.

Un tejado y varias chimeneas negras de humo asomaban entre castaños y robles. Se entreveía una construcción de ladrillo. Supuse que habían aprovechado como vivienda una fábrica abandonada, de las muchas relacionadas con antiguas minas.

Por las peñas y matojos triscaban corderos y cabras, que es el ganado de quienes no tienen vacas ni disponen de buenos pastos.

—Siéntate en la alfombra —me invitó el hombre, y me indicó la alfombrilla en la que acababa de orar. Luego se tocó el corazón y dijo—: Yo Mohamed.

—Y yo Martín —contesté.

Plegué las piernas y me dejé caer sobre la superficie de lana y seda. La hija me sirvió té hirviendo y me ofreció el platillo de dátiles y avellanas. Tenía —y espero que siga teniendo— unos ojos muy grandes y opacos, como los personajes de los cómics manga japoneses.

—¿*Quiés ablanes?* —preguntó Mohamed en asturiano.

Padre e hija comenzaron a cascar avellanas y me las pasaban en puñaditos de a tres.

—Nosotros también hacer buen *quesu*, como señora de arriba. Y tener buena miel... Luego te llevas un poco, para tu casa.

Las colmenas estaban en la parte más escarpada del monte, inaccesibles aparentemente para seres humanos. Pero de alguna manera debían de poder llegar a ellas para recoger el producto. Y sobre los apriscos y las colmenas había una antena parabólica, que superaba la altura de las peñas. Cabras y tecnología, paisano.

La chica partió un trozo de panal y endulzó el té que me había servido.

–Yabel al Ásal –dijo, mirando cómo se deshacía el panal en el líquido hirviente.

–¿Es el nombre de miel en árabe? ¿O de panal?

–Es mi nombre: Yabel al Ásal, Montaña de miel.

Era la hora de recogida del ganado, y los corderos estaban siendo conducidos desde las peñas de la miel hacia abajo, hacia nosotros. Detrás de los corderos iban apareciendo dos, luego tres y hasta cuatro y luego cinco bellezas morenas y descalzas.

–Mis hermanas y mi madre –dijo Yabel al Ásal.

Todas parecían de la misma edad, madre y hermanas mayores o menores. Lo que sí vi es que sus pies desnudos eran muy bonitos, y que pisaban los espinos y tojos del camino como quien pisa una alfombra suave.

Yabel al Ásal me dejó con Mohamed y se fue a ayudar a meter los corderos en el corral.

Mohamed me dijo:

–Quédate aquí hasta que vuelva tu *papa...*, mi familia es tu familia. Yo voy a ver Servando, el matarife. ¿Tú conoces? Llevo corderos al matadero. Yo mato corderos a manera musulmana. Servando me deja hacerlo después él termina con los suyos. Estar amigo.

Claro que yo conocía a Servando. Un hombre grande que ejercía su profesión de ultimador de reses en el matadero municipal, que daba servicio a varias localidades de Ares, el municipio enfrente de Venus-Véspero. Un caserío aquí, un barrio allá, una parroquia arriba, una mina abajo. En todos ellos había vacas, cerdos, ovejas... y hasta camellos en el caso del pequeño zoo de Ares.

A ese matadero enviaba mi padre a las vacas que no

rumiaban y dejaban de dar leche, o a los toros que no serían para engendrar una descendencia sana y numerosa, o a los cerdos que perdían el apetito...

Mohamed se acercó al corral y señaló a las mujeres unos cuantos corderos. Tenían una señal azul pintada en la lana del lomo.

Ásal me dijo:

—Van para la fiesta, ¿sabes? Quiero decir que van al matadero, para la fiesta del sacrificio. Mañana.

Dos de las mujeres ataron las patas a los corderos y luego ayudaron a Mohamed a subirlos en un carro, amontonándolos unos sobre otros.

Una voz llamó a Ásal y yo me quedé solo en la hondonada.

Mohamed empujó la carreta con los corderos camino abajo. Cuando ya habían pasado la curva, aún se oían sus balidos.

Volví la cabeza. La sombra de la montaña avanzaba sobre la casa de Mohamed. El zaguán no tenía puerta. La luz parpadeante de un televisor alumbraba a unos hombres barbudos, con gorro de punto en la cabeza y bufandas largas, que estaban frente al aparato. Discutían con la figura del hombre que salía en la pantalla, y que no era otro que el presidente del gobierno español, y le increpaban y le gritaban como si les pudiera oír. Le decían insultos en castellano y frases en árabe. No, yo no sé árabe, pero era muy fácil saber que guapo no le llamaban.

Uno de ellos se volvió hacia mí y me señaló a los demás. Se callaron todos y se quedaron mirándome. La actitud era pasiva pero hostil.

Así seguíamos, ellos callados y yo quieto, cuando reapareció Ásal.

Levantó su mano, pequeña y fina, y describió una curva en el aire. Ese gesto rompió la tensión del momento. Ellos volvieron a mirar al televisor, cuchicheando, y yo volví a mirar a Ásal.

Ásal me hizo una seña para que me acercara.

—Son los que vienen a comer mañana, a la fiesta del cordero.

Me miró con fijeza, insistente, más o menos como usted me está mirando ahora.

—Si quieres, estás invitado, eres bienvenido.

Y después añadió, batiendo los párpados y adoptando un repentino tono infantil:

—Mi padre me ha dicho que te lo dijera.

Tenía —y seguro que tendrá aún— esos ojos oscuros pero con puntos brillantes, de cómic, amigo mío, de dibujo manga.

Martín hizo una pausa. Añadió, en un suspiro:

—Los ojos no envejecen.

Ángel aprovechó la pausa para mirar afuera, a la noche iluminada por la nieve, y así apartar sus propios ojos de los de Martín.

Cuando volvió su atención al interior del vagón comedor, Martín ya había reanudado la narración, mientras él tenía el pensamiento quién sabe dónde, o quizá perdido en la nieve.

—... porque, como usted sabe, querido amigo, y me permito llamarle así pese a que hace poco que nos conocemos, los musulmanes sólo comen carne de animales desangrados antes de morir.

Si Ángel había perdido el hilo del relato no lo manifestó, sino que siguió escuchando.

—Servando les prestaba sus utensilios de matar: el mazo

para aturdir al animal y un cuchillo de degüello. Pero Mohamed se servía sólo del cuchillo, zas, un solo corte limpio, y dejaba que el animal agonizara mientras soltaba toda su sangre, por eso hay que cortar las yugulares, zas plumps, y quitar la respiración... El animal no muere pronto, vaya, ni siquiera se desea que muera pronto, la parte del cerebro que regula el pulso cardiaco debe seguir indemne, y así, latido a latido, va bombeando la sangre, mientras el animal se va asfixiando, y Mohamed, mientras sujetaba el cordero, recitaba una oración: *Bismillah wa allahu akbar...*, exactamente esas palabras, que luego oí repetidamente en varias ocasiones, y por eso me las sé, *bismiláwallahuakbar, bismiláguajjuakbar, bismilá-gualju-akbaaaaar...*

Martín se iba quedando sin respiración, ahogado en su propia fonación.

Un pasajero se asomó al departamento y miró de pasada a los dos, a Martín, el de la voz profunda y ronca, y a Ángel, el de la cara de bronce.

Martín recupera el fuelle y bebe un largo trago de vino.

—Volvió mi padre, o sea, bajó de la montaña, dijo que ya era hora de regresar y que dónde me había metido. Me alargó el maletín de veterinaria, miró a Ásal y me guiñó un ojo: «Vaya, ya te has echado novia, ¿eh?»

Subimos a la furgó y comenzamos a descender por los caminos de Véspero, que tenía muchos y entrecruzados.

No me despedí de Ásal, ni ella habló cuando mi padre dijo que era mi novia. Sólo nos miramos, y con eso, con la falta de despedida, se hizo un silencio excepcional, algo que, de ser expresado, hubiera tenido que ser largo, debilitado por la duración. Tampoco me saludó con la mano, ni yo a ella. Pero sí ocurrió que, cuando la furgoneta daba la

segunda o tercera curva del camino, la vi, a Ásal, en lo alto de la loma, bajo el abedul solitario, el viento suspirando en las ramas, y ella morena y firme junto al tronco blanco.

—¿Y a los musulmanes, los volvió a ver? Los que veían la televisión...

—Sí, claro que los volví a ver, pero antes le tengo que contar lo que pasó esa noche, cuando volvimos a casa.

Esa noche, digo, cuando estaba ya acostado, en ese primer momento en que no se sabe si sueñas o imaginas, sentí una sombra que se acercaba a la puerta. ¿Genia? ¿Mi madre? Olía a madera joven.

Mis padres no habían salido aquella tarde. Papá se estaba quitando las botas de monte cuando vio un trozo del periódico del día, que estaba allí para proteger el piso del barro de las suelas. Me dijo que se lo acercara, y que lo sostuviera mientras terminaba de descalzarse.

Leyó la primera página y dijo:

—Recristo, recristo.

En la cena, mi madre le mostró un silencio hostil. Él dijo que la invasión de Irak era inminente, sin dirigirse especialmente a nadie. Cuando ya le habló directamente a mi madre, ésta no se dignó contestarle.

Mi padre adoptó un tono didáctico, y dijo que suníes y chiíes no se llevaban bien. Y luego, para forzar a mi madre a responder, se dirigió sólo a ella y le preguntó:

—¿Sabes que los dos grupos son musulmanes pero que se detestan como sólo se pueden detestar gente obligada a convivir...? ¿Sabes o no?

Mi madre no hizo ni un gesto. Apartó la mirada de mi padre y me preguntó a mí:

—¿Has terminado?

Yo empujé el plato hacia adelante, quizá un poco bruscamente, y sacudí la cabeza.

—Oye, contesta bien a tu madre o te vas a la cama —me regañó mi padre, que de pronto pareció tomar partido por mi madre.

Fueron las últimas palabras pronunciadas en la cena. Yo me fui a mi habitación y ellos se fueron a acostar. Pero he aquí que aquella sombra que apareció en la puerta era la de mi madre.

—Martinito, hazme sitio..., anda, sigue durmiendo, shhh...

Le hice sitio en mi estrecha cama, por lo que sentí el muslo de mi madre junto al mío. Y el olor a madera joven, quizá mezclado con el de la crema de noche.

—Qué pasa —pregunté yo.

Ella no contestó y se secó los ojos con la punta de la sábana.

Cerró los párpados y yo hice lo mismo. Su pecho y su pierna contra mi cuerpo transmitían una terrible inquietud. Angustiado, quise tantear si las culpas del padre —de mi padre— se trasladaban al hijo, a mí.

—Hemos ido al matadero, papá y yo —empecé a contar muy nervioso—. Y hemos visto a Servando, el matarife, que me ha dado muchos recuerdos para ti, que se acuerda de haberte visto de pequeña en las minas. Por cierto, mamá, hemos visto un sacrificio de un cordero musulmán. Les cortan el cuello a los corderos de un solo tajo, y el animal se agita y salpica la sangre, y da unos tremendos balidos, hasta que muere del todo. Porque si no se desangra antes no se lo pueden comer... ¿Me oyes?

No dijo ni que sí ni que no. Pero por lo menos conmigo no estaba enfadada.

–Y allí hemos estado todo el día –mentí– porque papá tenía que analizar la carne de los corderos.

–No estuvisteis todo el día... Seguro que no.

–Todo el día, sí. O casi todo. Son muchos corderos, y además los tienen que colocar a todos mirando a La Meca. Y allí nadie se aclaraba dónde caía La Meca. Y unos decían que La Meca estaba en dirección a Oviedo y otros que no, y que iban a buscar el GPS al coche..., un follón; y cuando ya deciden cuál es la orientación correcta, los corderos se les descolocan y miran para La Ceca, y no para La Meca.

Mi madre se echó a reír, pero con los ojos cerrados, y yo me eché a reír también. Y en esto se oyeron pasos y apareció mi padre en la puerta. Todavía no se había acostado y se acababa de dar cuenta de que mi madre había abandonado el dormitorio. Así que tuvimos que reprimir la risa.

–¡Recristo! –bufaba–. ¡Recristo!

Y a mi madre y a mí nos entró otra vez la risa, nos metimos un trozo de sábana en la boca, la cosa iba a empeorar si encima de la deserción del lecho conyugal parecía que nos pitorreábamos de él. Papá se marchó refunfuñando. Yo me quedé desvelado. Y mi madre me abrió su corazón. Ya no era una reina ofendida, sino una esposa con un marido mujeriego. Sin embargo, no reprochó a mi padre ninguna infidelidad. Sólo dijo que, «además de todo», no soportaba su olor a establo.

–Porque es que huele, además huele...

Mamá me susurró al oído, tras asegurarse de que mi padre no estaba detrás de la puerta:

–Él se ducha, se enjabona varias veces, ya lo sé, y luego se echa colonia, que no sé qué será peor... Pero el olor a vaca sigue en los poros, en la raíz del cabello, en los huecos de la nariz, de la boca... Y no digamos nada de la

ropa.... No puedo de asco, hijo, no puedo más. Ya no, ya no...

Empezó a llorar suavemente, sin ruido.

La ropa de papá se guardaba toda en un cuarto especial, pequeño, aislado, más allá del tendedero. Allí se colgaba el largo impermeable, los delantales de hule para los partos, las batas blancas, los sombreros, una boina, y fieltros para envolver instrumental. Lo que más había eran botas, porque no se tiraba ninguna, todas podían servir para el barro, o para la caza, o para nieve, o para vadear arroyos. Enormes cantidades de desinfectantes se empleaban para eliminar el olor a boñiga, a abonos químicos y a animales vacunos, ovinos y caprinos. Pero como nada se tiraba, todo recuperaba poco a poco su olor, como si naciera de dentro de las cosas mismas.

El instrumental quirúrgico también estaba allí, en estantes y cajones. Era parecido al instrumental empleado para las personas, pero más grande, más impresionante: una jeringa de medio litro, un escalpelo del tamaño de una espada, enormes bisturís y pinzas como para operar rinocerontes. Toda esa visión de ropas colgadas y metal quirúrgico se proyectaba en mi mente, aquella noche, con mi madre llorando a mi lado y diciendo «ya no, ya no».

Yo había entrado una vez en el baño mientras mi padre se duchaba, y vi el afán con el que se frotaba las axilas, la entrepierna, e incluso se bajaba la piel del glande para lavarlo con esmero. Se frotaba con un guante de crin, áspero, que le dejaba la piel enrojecida. Y él dale que dale, volvía por donde ya había pasado antes, como si quisiera arrancarse el pellejo. Aprovechando que yo estaba allí, me pidió que le echara polvos de talco en la espalda y las nalgas, y así lo hice. Y desde luego no olía a establo, ni a vaca,

ni a oveja ni cabra. Así que, si reaparecía el olor, sería por obra de su propia naturaleza.

—¿Te vas a separar de él? —pregunté a mi madre.

—Si no lo he hecho antes es por ti... Ahora sé que, además, tiene una querida y te lleva a ti de tapadera.

—Yo no soy tapadera de nadie, mamá.

—Tu padre sube a verla, a su querida, cosa que no me importa, no me importa ya nada... Pero que vaya con un hijo, ¡un hijo!

Hijo, dicho así, como si el hijo no fuera yo mismo, me estremeció. La llené de besos. Yo no quería llorar, pero no pude aguantarme más, la estrujé contra mi corazón y se me salieron las lágrimas. Como cuando te corres en la cama.